

perchería, y no habían de tardar en salir de su ilusión las clases laboriosas de Francia y de Europa, que tomaran por lo serio sus declaraciones. Con ser tan diferente en todo de su tío, se le parecía en un rasgo poco honroso: en mirar con soberano desdén la palabra empeñada y el compromiso contraído. Hablaba de la paz y estaba pensando en admirar al mundo de otro modo que abriendo bulevares en París, convencido de que Francia, si no se daba á su imaginación otro alimento que la industria, las construcciones y las fiestas, no tardaría en volver á pedir la libertad. A los espectáculos de dentro era necesario que acompañasen los de fuera, las glorias militares, sin las que no se lograría que el pueblo soportase con resignación su tiranía. La primera ocasión que se le presentó de alcanzarlas fué la guerra de Crimea.



CAPÍTULO SEXTO

La cuestión de Oriente: Guerra de Crimea



SIEMPRE planteada y nunca resuelta, la cuestión de Oriente fué de nuevo puesta sobre el tapete por el emperador de las Rusias, Nicolás, el *Czar de hierro*, el cual, después de haber extendido considerablemente su influencia en Asia, se decidió á realizar el proyecto de la gran Catalina, lanzando á los turcos de Constantinopla. Hermoso pensamiento, á cuya realización debieron haber contribuído todas las naciones europeas. Pero el egoísmo y la envidia, siempre malos consejeros, se pusieron de por medio, y en vez de concertarse todas para una acción común, se hostilizaron las unas á las otras, erigiéndose cada una en defensora de la integridad del imperio turco cuando temía no sacar del reparto todo el beneficio codiciado. Los intereses generales de Europa, las superiores de la humanidad jamás entraron en juego. Monopolizar el protectorado de la Puerta para explotarlo en su exclusivo provecho, fué el único fin perseguido por las tres naciones que principalmente concurren á este campo de batalla, Rusia, Inglaterra y Francia.

Desde mil ochocientos cuarenta y uno, en que el czar Nicolás hubo de renunciar al protectorado que le aseguraban los tratados de Andrinópolis y de Unkiar-Skelessi, su influencia en Turquía fué disminuyendo y aumentando la de Inglaterra, defensora del sultán contra Francia y el pachá de Egipto. Cuando dominada la insurrección de Hungría, Rusia y Austria pidieron á la Puerta la extradición de los húngaros y polacos, la Puerta se resistió y se salió con la suya, merced al apoyo de Francia é Inglaterra. Al

mismo tiempo, Turquía parecía regenerarse á medida que se aplicaba el Tanzimat, y aunque la precaria situación de su hacienda la comprometía poniéndola á merced de todas las agresiones, la política de Rechich-Pachá podía, con el tiempo, dar sus frutos. Razón esta demás, á los ojos de Nicolás, para apresurarse á obrar. Distruido de los asuntos de Turquía hasta principios de mil ochocientos cincuenta y dos, por la revolución y los conflictos diplomáticos de la Europa central, creyó á la sazón que, sin imprudencia, podía volver su atención á la península de los Balcanes. Un conflicto con Francia, á propósito de los Santos Lugares, iba á proporcionarle pretexto para la ruptura.

Desde las cruzadas, Francia era la protectora de los cristianos de Palestina, y como tal, tenía la custodia y administración de los lugares consagrados por el recuerdo de Cristo: privilegio que le fué solemnemente renovado en las capitulaciones de mil setecientos cuarenta. Pero Luis XV no se cuidó de conservarlo; Napoleón I, Luis XVIII y Luis Felipe no se acordaron siquiera de él; el artículo séptimo del tratado de Káinardji concedió al Czar la protección de los cristianos ortodoxos en todo el Imperio otomano, y poco á poco, los ortodoxos consiguieron del Divan permiso para reparar ciertos santuarios y ocupar puestos reservados á los latinos. Luis Napoleón, presidente de la República, para ganarse al clero, del que necesitaba en su política interior, mandó á su embajador en Constantinopla, La Valette, que exigiese el cumplimiento de las capitulaciones de mil setecientos cuarenta. El Sultán Abd-ul-Medjid, temeroso de indisponerse con Rusia, trató de ganar tiempo, alegando primero el Rhamadan; luego, el Beiram; después, un viaje del ministro de Estado Ali-pachá, y, en fin, prometió nombrar una comisión que examinase el asunto. Pero el embajador francés apuraba, amenazaba, y como los derechos que alegaba eran incontestables, por el Firman de nueve de Febrero de mil ochocientos cincuenta y dos se reconoció el derecho de Francia sobre el monumento y la cúpula del Santo Sepulcro en la iglesia de este nombre, sobre las tumbas de los reyes francos y el altar del Calvario en este santo lugar, sobre la iglesia de Getsemani y sobre la superior de Belén. El gobierno ruso protestó enérgicamente de esta concesión, entablándose un verdadero duelo entre Francia y Rusia, la cual mantuvo con segundo fin sus exigencias, no obstante el carácter conciliador de las instrucciones del gabinete francés.

Antes de que terminase esta querrela «de sacristía», se le ofreció á Nicolás ocasión de fomentar, en un rincón de la Iliria, una insurrección, que esperaba se extendiese á toda Turquía. El Montenegro, pequeño cantón montuoso y áspero, habitado por una raza belicosa, casi bárbara, dependía nominalmente de la Puerta, pero jamás le había obedecido. Sus obispos, ó *vladic*s, que lo gobernaban, iban hacia algún tiempo, á pedir la investidura de su dignidad al patriarca de San Petersburgo, y eran, por este sólo hecho, vasallos de Rusia. El postrero de ellos, Danilo, se determinó, el mes de Febrero de mil

ochocientos cincuenta y dos, á casarse y fundar una verdadera dinastía, y al efecto, se fué á San Petersburgo, donde recibió todo género de facilidades y alientos, en términos que, á su regreso en Julio, rompió las hostilidades contra los turcos, tomándoles una ciudad de alguna importancia. Para castigar tamaña osadía, la Puerta envió treinta y cuatro mil hombres, á las órdenes de Omer-pachá, y se empeñó una guerra implacable en las montañas de Iliria. Inglaterra se alarmó, viendo encenderse el fuego en la vecindad de las Islas Jónicas y de Grecia; Austria, á quien no convenía que Rusia pusiese bajo su ley á las poblaciones eslavas de Turquía, intervino para sofocar cuanto antes la rebelión, esforzándose en convencer al gobierno otomano, vencedor de los montenegrinos, á moderar sus venganzas, lo que consiguió, concluyéndose la paz mediante una rectificación de las fronteras del Montenegro.

Cada día más convencido de la debilidad del Sultán, juguete de la potencia que más fuerte le hablaba, el Czar se decidió á dar un paso extremo: si salía en bien, recobraría sobre Turquía el protectorado que le había asegurado la convención de Unkiar Skelessi; si fracasaba, tendría el pretexto que buscaba para declarar la guerra. Cabalmente, las circunstancias eran por lo propicias, tentadoras. Los partidos revolucionarios acababan de ser aplastados en toda Europa, y á esta obra Nicolás había contribuido más que ningún otro soberano; Austria estaba obligada á pagarle la ayuda que le prestara contra los húngaros; de los príncipes alemanes, muchos eran parientes suyos, vasallos que esperaban sus órdenes, y nada menos que cuñado el rey de Prusia, Federico Guillermo. Lo único que le faltaba para asegurar el golpe era ganarse á Inglaterra, conseguir que esta potencia aceptase sus planes. La empresa era delicada, quizás peligrosa; mas si el éxito la coronaba, habría sonado la última hora para el imperio turco. La autoridad de su persona y de su nombre, el ascendiente que había adquirido sobre toda Europa, veintiocho años de un reinado que igualaba á los más célebres, la constancia de una política experta, el orden europeo del que era sólida garantía, motivos sobrados eran para que no le faltase el valor de acometerla. Pero tratándose de juego tan aventurado, decidió no fiarse más que de sí mismo.

El nueve de Enero de mil ochocientos cincuenta y tres, en una fiesta que se celebraba en el palacio de invierno de San Petersburgo, el Czar llamó aparte al embajador de Inglaterra, sir Hamilton Seymour, y después de encargarle que felicitase en su nombre al nuevo ministro Aberdeen, le habló de esta manera: «Usted conoce mis disposiciones para con Inglaterra; es indispensable que los dos gobiernos, esto es, que el gobierno inglés y yo, yo y el gobierno inglés, estemos en la mejor armonía; nunca ha sido ésta tan necesaria como en estos instantes. Ruego á usted trasmita estas palabras á lord Russell. Cuando nosotros dos estamos de acuerdo, estoy tranquilo respecto al occidente de Europa: no me importa lo que los demás piensen. En cuanto á Turquía, es otra cosa; este país

se halla en grave crisis y puede darnos mucho que hacer.» Dicho esto, el Czar iba a separarse del ministro de Inglaterra; mas éste, hallando la conversación muy interesante, pero incompleta, solicitó de su augusto interlocutor algunas frases un poco más tranquilizadoras que las pronunciadas. Nicolás, con mucha amabilidad, le añadió: «Observe usted: tenemos en brazos un hombre enfermo, gravemente enfermo, y sería, le hablo con toda franqueza, una gran desgracia si el día menos pensado se nos fuese antes de haber tomado todas las disposiciones necesarias. Pero, en fin, no es esta la mejor ocasión de hablar de estas cosas.» Cinco días después, el catorce de Enero, sir Hamilton Seymour recibió aviso de que el Czar deseaba hablarle, y esta vez Nicolás le desarrolló su pensamiento en discurso ordenado y metódico. «Usted no ignora, le dijo, los ensueños y planes en que se complacía la emperatriz Catalina y que se han transmitido hasta nuestros días; pero en lo que á mí toca, heredero de sus inmensas posesiones territoriales, no lo he sido de aquellas visiones, ó propósitos, si á usted le parece mejor. Es tan vasto mi imperio, que sería en mí una locura desear más territorio ó más poder del que poseo. Lejos de esto, soy el primero en decir que nuestro gran peligro, tal vez el único, provendría de dar mayor extensión á un imperio ya demasiado extenso. Muy cerca de aquí está Turquía, la cual ha caído gradualmente en tal estado de postración que, como le decía el otro día, por más que deseemos prolongar la existencia del enfermo, puede morir de repente y quedársenos en los brazos. Nosotros no tenemos el dón de resucitar muertos; si el imperio turco sucumbe, sucumbirá para no levantarse ya más. He aquí por qué le pongo á usted esta cuestión: ¿no es preferible prevenirnos contra semejante suceso que exponernos al caos, á la confusión, á la certeza de una guerra europea, consecuencia inevitable de la catástrofe, si esta ocurre de improviso y sin haber planeado ningún sistema ulterior? Tal es el punto sobre que deseo llamar la atención de su gobierno.» El embajador inglés respondió, en sustancia, que Turquía había salido de otras crisis en que se esperaba pereciese, y que al hombre generoso y fuerte corresponde socorrer al enfermo y débil. «El principio es excelente, replicó el Czar, sobre todo en tiempos de incertidumbre, como los actuales; sin embargo, es de suma importancia que nos pongamos de acuerdo y no nos dejemos sorprender. Hablo á usted como amigo y como caballero: si llegamos, Inglaterra y yo, á entendernos en este asunto, lo demás no me importa, me tiene sin cuidado lo que otros piensen ó hagan.» Recordó, además, que cuando su viaje á Londres, en mil ochocientos cuarenta y cuatro, había tratado ya de establecer sobre el particular este concierto previo.

En esta conferencia, no entró todavía Nicolás en el pormenor de su proyecto, cuya exposición dejó para la tercera, celebrada el veintiuno de Febrero, en que vertió, entre otras, las siguientes frases: «Pues bien, hay ciertas cosas que jamás toleraré, y desde luego, en lo de que tratamos, no deseo la ocupación permanente de Constantinopla por

los rusos; mas tampoco que la ocupen ni los ingleses, ni los franceses, ni ninguna de las grandes potencias. Tampoco permitiré nunca que se trate de reconstituir un imperio bizantino, ni que Grecia obtenga una extensión de territorio que la trueque en Estado poderoso. Menos aún estoy dispuesto á consentir que Turquía se reparta en pequeñas repúblicas, que serian asilo de los Kossuth, los Mazzini y otros revolucionarios de Europa. Antes que sufrir arreglos semejantes, haré la guerra hasta que me quede un solo hombre y un solo fusil.» El ministro de Inglaterra se mantuvo en la excelente posición que había adoptado al principio, que convenía ocuparse, antes que en la caída del imperio enfermo, en devolverle la salud. «Los principados, siguió diciendo el Czar, son de hecho un Estado independiente bajo mi protección, y en esta situación pueden continuar. Servia podría recibir una forma de gobierno análoga, y lo mismo Bulgaria; no hay razón, que yo sepa, para impedir á este país erigirse en Estado independiente. En cuanto á Egipto, comprendo muy bien la importancia de este territorio para Inglaterra, y todo lo que puedo decir es que si esta nación, caso de reparto después de la caída del Imperio otomano, tomase posesión de él, por mi parte no le opondría dificultad. Lo mismo digo de Candía, que también podría convenirles á ustedes, y no veo por qué no habría de formar parte de las posesiones inglesas.» La conversación terminó con estas palabras: «Comprometa usted á su gobierno á escribirme de nuevo sobre estas materias, con más extensión y sin vacilaciones. No se trata de un compromiso, de una convención, sino de libre cambio de ideas y, caso necesario, de una palabra de caballero. Entre nosotros esto basta.»

Estas declaraciones causaron profunda impresión en Londres. Si algunos ministros, como Aberdeen, se fijaban principalmente en las protestas del Czar de que «sería locura en él querer más territorios», que sería peligroso «dar más extensión á su imperio, ya demasiado extenso», y que «deseaba prolongar la existencia del enfermo», otros pensaban, con Hamilton Seymour, «que el soberano que insistía tan tenazmente en la caída inminente de un Estado vecino, tenía resuelto no esperar su disolución, sino provocarla.» En este parecer inspiró Clarendon su despacho, contestación á las dos últimas conferencias, que terminaba así: «Inglaterra no desea ensanche territorial; no puede entrar en un arreglo previo que debería guardarse secreto. El gobierno de S. M. británica entiende que Turquía sólo necesita de indulgencia por parte de sus aliados, que éstos no le exijan nada humillante para la dignidad y la independencia del Sultán, que le presten, en fin, el apoyo amistoso que, entre los Estados como entre los individuos, los débiles tienen derecho á esperar de los fuertes».

Esta negociación, la más extraña que guardan los archivos de las cancillerías y que se mantuvo secreta hasta más adelante, terminó, el diez y ocho de Abril, con estas palabras del Czar á sir Hamilton Seymour, á quien había convidado á comer: «Hasta este instante no he movido ni un navío ni un batallón, pero no estoy dispuesto á dejarme burlar, y si